

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

Director:

Italo Luis Grassi

Administrador:

Juan Delbosco

Secretario de redacción:

Jacobo Waismann

Redactores:

Mario V. Ponisio - Mauricio E. Greffier - Rómulo Bogliolo

Mario R. Natta - José Porto - Agustín A. Forné

Año IV

Noviembre y diciembre de 1916

Núm. 41 - 42



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CHARCAS 1835

Buenos Aires

E. J

Revista de revistas

Problemas externos e internos de los Estados Unidos

La gran guerra europea, señalando el fin de una época histórica y el comienzo de otra, dará la solución de numerosos y complejos problemas mundiales. Irving Fisher, desde su punto de vista de economista norteamericano, se ocupa en el *Journal of political economy*, de algunos de esos problemas; el del porvenir de paz o de guerra, entre los primeros.

La condición económica, base de la que surge la guerra, es el comercio internacional; es, en primer término y por sí mismo, la manzana de la discordia, el premio por el que las naciones luchan egoísta y denodadamente; en segundo lugar, es la causa incidental de innumerables conflictos y discordias; en tercer lugar, disminuyendo la distancia entre las naciones, conduce a la guerra, porque las invenciones que han hecho más fáciles y veloces los transportes y las comunicaciones, han sido utilizadas inmediatamente para la movilización del ejército y de la armada. Esta tesis, que considera el comercio como una causa de conflictos y entredichos, justificada ampliamente por la historia moderna, está en un evidente contraste con las predicciones de los primeros economistas. Cobden, el gran librecambista, proclamaba con entusiasmo que el comercio impediría la guerra; pero la realidad nos muestra que el comercio internacional, actualmente cuadruplicado, no ha disminuido la probabilidad de nuevos conflictos. La vecindad de dos naciones independientes y rivales las conduce a la creación simultánea y concurrente de medios artificiales de defensa, fortificaciones, ejércitos y flotas.

Cuando la presente guerra haya terminado, ¿cuál será el factor que impedirá la reanudación de esa competencia en los armamentos, que fatalmente conduce a la guerra? Nosotros, hasta tanto que los otros países vayan acrecentando sus fuerzas militares, debemos hacer lo mismo. Los consejos de los pacifistas extremos no son más que un avance de viejas ideas que podían existir cuando el océano Atlántico era considerado como una infranqueable barrera entre los dos mundos; pero hoy, que novísimas invenciones parecen prome-

ternos una comunicación con Europa en 48 horas, tal virtud protectora sería destruída casi completamente. Los Estados Unidos están ahora muy en contacto con el resto del mundo, para poder continuar una política de aislamiento: deben competir intensamente con las demás naciones, o proceder de común acuerdo con ellas. Solamente con el acuerdo se podrá llegar al desarme; es así cómo lo alcanzaron Suecia y Noruega, Chile y la Argentina, el Canadá y los Estados Unidos; y cuando la autoridad y la vigilancia internacional se encontrarán suficientemente desarrolladas, podrá actuar el ensueño de los economistas: el librecurso universal. Sólo entonces el comercio será la causa, no ya de discordia, sino de cordialidad internacional.

Respecto a los problemas domésticos, se presenta con urgencia la cuestión de la conservación de los recursos naturales, de los cuales depende nuestra prosperidad económica. Los remedios necesarios hay que aplicarlos antes que sea tarde; previsiones, tal vez pesimistas, nos dicen que la producción de maderas va disminuyendo rápidamente; que el carbón desaparecerá en menos de dos siglos, el petróleo dentro de unos setenta y cinco años y el gas dentro de cerca veinticinco años! Pero el gran recurso nacional, al que debemos dedicar todos nuestros cuidados, es el "factor hombre", que frecuentemente, por el deseo de aumentar la energía productiva, hemos sacrificado en aras del factor mecánico.

Observaciones detenidas, indican que el 99 o/o de la población industrial revela señales de decadencia física, debido, en parte, a las malas condiciones del trabajo, y en parte, al bajo nivel de vida. Muchos años de estudio de este problema me han convencido de que la vida humana podría ser prolongada y reforzada con la aplicación de las enseñanzas de la ciencia moderna; se resolverían así importantes problemas económicos, políticos y sociales. Olvidándonos de algunas cuestiones fisiológicas elementales, nos apercibiremos un día que lo que llamamos progreso es, en realidad, un verdadero y propio retroceso. Por ejemplo: mientras uno de los motivos de orgullo de la civilización es la abundancia y variedad de los alimentos, debemos a esa abundancia y variedad un gran número de enfermedades que afligen a la humanidad; frente a las ventajas económicas derivadas de la habitación, existe el germen terrible de la tuberculosis, ensañoreado en las casas excesivamente habitadas o carentes de aire y luz; la división del trabajo, tan elogiada por los economistas, deprime algunas facultades del operario, que ejercita tan sólo algunas otras, rinde su obra impersonal y lo priva de la satisfacción del trabajo cumplido.

Más aun: el hombre ha inventado numerosas calidades de drogas, más nocivas que benéficas; para remediar ese mal, no basta la educación del pueblo; es indispensable la aplicación de la fuerza. En oposición al concepto común, favorable a la plena libertad individual, afirmo que la prohibición legal tiene aquí una influencia importante. Sin ella, los chinos no se habrían emancipado aún del opio y los rusos del alcohol; tal prohibición ha provocado un verdadero

milagro en el pueblo ruso, mejorándolo física, moral y económicamente. Los depósitos en las cajas de ahorro fueron durante el año 1915 veinte veces mayores que los correspondientes al año 1913; los préstamos por empeños se redujeron a la mitad; la oferta de trabajo aumentó sensiblemente, y el número de los pobres asistidos anualmente por la beneficencia pública, disminuyó de 19.000 a 2.000.

Otro medio importante para mejorar la vitalidad, es la aseguración de la salud de los obreros, que no consta de simples indemnizaciones en caso de enfermedad, sino que vigila la aplicación de reglas de higiene y de salubres regímenes de vida. En el porvenir, formas escogidas de legislación social podrán hacer disminuir los vicios, los delitos y la miseria.

**Las relaciones
comerciales
italo argentinas**

Leemos en *L'Economista* un interesante artículo acerca de este tema, en el cual se hace notar la importancia creciente de la penetración económica norteamericana, que no ha empezado — como se cree — a raíz de la conflagración europea, sino que viene desde años atrás, como lo prueban las cifras del comercio de exportación a la república Argentina, cuyo total de 13 millones de pesos oro en 1900, ha llegado a 62 millones en 1913, mientras que Italia, en ese mismo período, sólo alcanzó un aumento de 20 millones de pesos oro.

Los fabricantes norteamericanos han podido granjearse las simpatías de los argentinos, merced a una amplia propaganda y a una general adaptación a las necesidades del país, unida a una hábil política del gobierno yanqui, de la cual son ejemplos la elevación de rango de la representación diplomática, la organización de congresos panamericanos, etc.

Los italianos, a pesar de contar con una enorme cantidad de compatriotas en la república — lo cual les aseguraría una masa considerable de consumidores, — no han alcanzado un desarrollo comercial semejante, por lo cual *L'Economista* da, como medios de aumentar el tráfico italo argentino, los siguientes:

1.º Conocimiento perfecto de los inmensos recursos que posee la república Argentina;

2.º Estudio de las condiciones especiales del mercado, a las que deberán adaptarse los productores, es decir, el establecimiento de sus comercios con medios poderosos, tipos constantes, condiciones liberales de pago y, sobre todo, con mercaderías “nobles” y con una estricta honestidad en el cumplimiento de los contratos;

3.º Provisión de los elementos subsidiarios del comercio y especialmente los fletes, que son notoriamente insuficientes, como lo prueba el transporte de las carnes congeladas, el que depende en absoluto de Inglaterra;

4.º Adopción de medidas comerciales de gran valor moral en la república Argentina, como ser el envío de comisiones de propaganda y de estudio, y “una cordial y simpática política, un poco fastuosa si se quiere, porque los argentinos son sumamente sensi-

bles por todo lo que signifique atención, deferencia o afecto para su país”;

5.º Protección y estímulo de las tendencias que han manifestado los hombres de gobierno y los partidos políticos, en el sentido de crear “una Argentina más sobria, más dispuesta a reformar radicalmente su organización tributaria y administrativa, más rígida en sus hábitos y métodos económicos, que le permitan reemplazar la especulación morbosa por un trabajo serio y ordenado, que haga más productivas las inmensas riquezas potenciales del país”.

Sin entrar a discutir la bondad del panamericanismo a que alude el artículo antes extractado, podrían hacérsele varias observaciones sobre esta cuestión.

En primer lugar, la penetración económica no ha sido tan perfecta como se cree, porque han habido inconvenientes de ambas partes; mientras los fabricantes norteamericanos encontraban grandes dificultades en los plazos usuales entre el comercio argentino y el de su país, éste, a su vez, hacia público su desagrado por la falta de seriedad en el cumplimiento de los contratos.

Además, y en general, el producto norteamericano no llena cumplidamente las necesidades argentinas, y su apogeo en el momento actual se explica por dos razones: su baratura y la ausencia de competidores. En cambio, el producto italiano, cuya bondad es indiscutible, tiene en su contra la indiferencia del mismo productor. El embalaje es caro y malo, las mercaderías se venden f. o. b. Génova, las sucursales en nuestro país (cuando las hay) descuidan la propaganda y se limitan a realizar pocos negocios, los absolutamente seguros; en una palabra, el comercio de exportación italiano no se arriesga.

Por eso urge que el gobierno italiano adopte, una vez terminada la guerra, algunas de las medidas indicadas por *L'Economista*, las cuales le reportarán, seguramente, cuantiosos beneficios, que, por otra parte, redundarán a la vez en nuestro bien, puesto que al asegurarnos el concurso efectivo de un nuevo competidor, obtendremos un abaratamiento en los artículos que constituyen nuestro consumo interno; y al contar con un nuevo mercado donde vender nuestros frutos, podremos alcanzar precios mayores y un cierto grado de seguridad en nuestras exportaciones, las que no estarían subordinadas a la voluntad de uno o dos países compradores. — M. V. P.

**Relaciones entre
Estados Unidos,
China y Japón**

Es necesario que los Estados Unidos, escribe Sidney L. Gulik en los *Annals of the american academy of political and social science*, resuelvan en breve el problema de sus relaciones con el Oriente, de lo que derivará el bienestar de los Estados Unidos y de otras naciones. La humanidad ha entrado en una era nueva: razas y civilizaciones diversas, hasta ahora separadas, se encuentran frente a frente; nuevas relaciones deben establecerse entre las poderosas *naciones blancas* y los pueblos del Asia, pacíficos y sometidos.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la mayor ambición del Japón fué la de aprender los secretos de los pueblos occidentales, de modo que pudiese iniciar una existencia nacional fundada en una igualdad con aquéllos; y su victoria sobre los rusos señaló el fin de la supremacía de la raza blanca. El Japón no pretende de nosotros la libre inmigración de sus trabajadores, pues sabe que una excesiva cantidad de japoneses en California determinaría grandes dificultades económicas y de raza; pero exige que la legislación extranjera no se establezca sobre bases que constituyan constantes humillaciones para la raza amarilla.

La China observa e imita al Japón; y si bien se encuentra aún distante de su progreso y estabilidad política, a ello se encamina con la introducción de la ciencia, la educación y la vida política de occidente. Hace algunas décadas, en vano reclamó a las poblaciones blancas un trato amigable y nos reservó gratitud y amistad por no haber imitado nosotros a las otras naciones, en la política de rapiña y conquista de su territorio. Pero bien distinta fué nuestra conducta con los chinos en los Estados Unidos: fueron violadas las leyes y los tratados que prometían su protección, secuestradas sus riquezas y, con frecuencia, condenados a muerte por persecuciones de raza. Las modernas condiciones de la vida oriental nos obligan a una nueva política que, mientras nos protegerá de una invasora inmigración de raza amarilla, proveerá a un sistema de justicia y de corteses tratamientos, anulando toda distinción de raza.

El primer problema importante a resolver es el de la inmigración; ella vendrá controlada y si ocurriese será limitada, sea cual sea el país de origen. El número de inmigrantes que anualmente podrán entrar en el país, dependerá del número de aquellos que, domiciliados en los Estados Unidos desde cinco o más años, se hubieran hecho ciudadanos norteamericanos, facilitando así la asimilación de nuevos inmigrantes. En general, no existirán restricciones especiales para las poblaciones de la Europa del norte, mientras las habrá para aquellas de la Europa del sud y será reducido el número de los emigrantes chinos y japoneses. Se crearán instituciones especiales para vigilar la vida de los inmigrados, sujetándolos a una tasa anual de 10 dólares para proporcionarles una educación norteamericana, darles trabajo, y para conceder la ciudadanía norteamericana sólo a quien, después de 6 años de residencia, demostrara poseer suficientes méritos personales, inteligencia, capacidad, moralidad, sin distinción de raza. Muchas serán las ventajas de tal política: protección del trabajo americano frente al peligro de una excesiva inmigración de cualquier país, completa y rápida asimilación de elementos llegados al país, determinación de su número de acuerdo con la capacidad de los residentes en los Estados Unidos, vigilancia rigurosa de todos los inmigrantes sobre la base de una perfecta igualdad para todas las razas. Nuestras relaciones con la China y el Japón se fundarán sobre la recíproca justicia y utilidad; de ellas dependerá, en gran parte, el destino del mundo en los siglos futuros.